

Atmósfera universitaria en Cervantes

LUIS E. RODRÍGUEZ-SAN PEDRO BEZARES
Universidad de Salamanca

I. BOSQUEJO BIOGRÁFICO

COMO ES BIEN SABIDO¹, CERVANTES no nació en Salamanca, sino en la ciudad universitaria de Alcalá de Henares en 1547². Pero su lejana vinculación con la ciudad del Tormes se remonta a su abuelo paterno Juan, que cursó en ella hacia la última década del cuatrocientos y obtuvo el grado mayor de licenciado en Derecho. Su padre, Rodrigo de

¹ Una versión de este trabajo, con más amplios anexos, se presentó como ponencia en el Congreso Internacional: *1605. Las universidades y el Quijote*, celebrado en Alcalá de Henares, del 23 al 26 de enero de 2006, con el título de «Universidades y mundo universitario en Cervantes».

² Miguel de Cervantes fue bautizado el 9 de octubre de 1547. ALVAR EZQUERRA, Alfredo, *Cervantes. Genio y libertad*, Madrid, Temas de hoy, 2004; ASTRANA MARÍN, Luis, *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Imprenta de Reus, 1948-1958, 7 vols.; CANAVAGGIO, Jean, *Cervantes. En busca del perfil perdido*, Madrid, Espasa-Calpe, 1987, segunda edición aumentada, Madrid, 1992, y otras; del mismo, «Resumen cronológico de la vida de Cervantes», en *Don Quijote de la Mancha*, ed. del Instituto Cervantes dirigida por Francisco RICO, con la colaboración de Joaquín FORRADELLAS, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores-Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2004, pp. CCLXXVII-CCCLIII; DOPICO BLACK, Georgina, «La historia del ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes», en Antonio FEROS y Juan E. GELABERT (dir.), *España en tiempos del Quijote*, Madrid, Taurus, 2004, pp. 23-40; FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *Cervantes visto por un historiador*, Madrid, Espasa Calpe, 2005; RIQUER, Martín de, «Cervantes: vida y literatura», en *Para leer a Cervantes*, Barcelona, El Acanalado, 2003, pp. 35-98; SLIWA, Krzysztof, *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1999; del mismo, *Documentos cervantinos. Nueva recopilación, lista e índices*, Nueva York, Peter Lang, 2000. Para una aproximación visual al mundo cervantino puede consultarse el catálogo de la exposición: *El mundo que vivió Cervantes*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2005, con comisariado de Carmen IGLESIAS.

Cervantes, hidalgo empobrecido, nacerá asimismo en Alcalá, en 1509, al poco de iniciar su andadura la Universidad de Cisneros³. Se trataba, no obstante, de un simple cirujano (romancista?), el nivel práctico, inferior y manual de la profesión médica. Y, por otra parte, los Cervantes abandonaban Alcalá ya para 1551, cuando el niño Miguel contaba apenas cuatro años. Sin embargo, esta patria sentimental, universitaria y estudiantil, de primerísima infancia, no se vincula en las evocaciones del escritor futuro con su Alcalá de nacimiento, sino con la mítica Salamanca.

Quizás se trata de la Salamanca universitaria de su abuelo Juan de Cervantes, aureolado en el recuerdo por una familia venida a menos. Este Juan de Cervantes casó hacia 1503 con Leonor Fernández de Torreblanca, hija de un médico cordobés, que le dará cuatro hijos. Por su condición de jurista ejerció diversos cargos en varias poblaciones castellanas, como Córdoba, Alcalá, Cuenca, Guadalajara, de nuevo Alcalá, Plasencia, Baena o Cabra. Entre ellos, abogado de rentas, teniente de corregimientos, alcalde mayor o juez inquisitorial, unas veces al servicio de la autoridad real y otras del poder señorial. A mediados de los años treinta (entre 1532-1537 aprox.) el licenciado Juan de Cervantes reside habitualmente en Alcalá de Henares, con casas propias, criados y buenas relaciones. Vendrá luego, en 1538, la separación matrimonial de Leonor de Torreblanca, que se quedará en Alcalá con sus hijos⁴. Hacia 1556, en que murió, el licenciado Cervantes aparece como letrado en el ayuntamiento de la ciudad de Córdoba. Su padre, y bisabuelo de Miguel de Cervantes, Ruy Díaz de Cervantes, nació hacia 1435, y en 1500 vivía en Córdoba como comerciante de paños, lo que insinúa pistas sobre un posible linaje judeoconverso, que no todos los autores admiten⁵. Es, pues, probable, que Salamanca fuera evocada por Miguel de Cervantes a partir de las vivencias y narraciones familiares sobre

³ LOPE HUERTA, Arsenio, *Los Cervantes de Alcalá*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1998; SLIWA, Krzysztof, «La supuesta hidalguía de Rodrigo de Cervantes, padre del autor del Quijote», en A. BERNAT VISTARINI (ed.), *Volver a Cervantes. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Palma de Mallorca, Universitat de les Illes Balears, 2001, pp. 131-138.

⁴ Cf. CANAVAGGIO, Jean, *op. cit.*, pp. 23-24. Este período nos sitúa con un Rodrigo de Cervantes entre 23 y 28 años.

⁵ Los Cervantes descendían de un linaje gallego que se había establecido en Córdoba. En opinión de Martín de Riquer, que el abuelo de Cervantes hubiera sido (según él) abogado de la Inquisición y familiar del Santo Oficio demuestra que en el entorno más cercano no se dudaba de su limpieza de sangre: cf. RIQUER, Martín de, *Para leer a Cervantes*, Barcelona, El Acantilado, 2003, p. 35. Para CANAVAGGIO, Jean, «no debe excluirse que [Cervantes] tuviera a conversos entre sus antepasados», en «Vida y literatura. Cervantes en el Quijote», en *Don Quijote de la Mancha*, ed. dirigida por Francisco RICO, Barcelona, Crítica, 1998, vol. I, p. LXIII.

los estudios y triunfos académicos del abuelo, con ostentaciones materiales de hidalgo y noble por las letras⁶.

Rodrigo de Cervantes, el padre de Miguel de Cervantes, nació, como ya hemos dicho, en Alcalá en 1509; y en Alcalá residirá en la década de los años 1530, cuando su padre, el licenciado Juan de Cervantes, retornó a la ciudad. Hacia 1542 se casa con Leonor de Cortinas, de una familia de propietarios rurales asentados en Arganda, cerca de Madrid, y ejerce la profesión de «médico cirujano»⁷. Pues bien, en la España del siglo XVI la mayor parte de los cirujanos eran «romancistas», es decir, no poseían formación universitaria ni latina. Se trataba de una especie de artesanos o técnicos empíricos, con conocimientos médicos escasos, ocupados en intervenciones quirúrgicas, cura de heridas y fracturas, vendajes, hernias, ortopedia, sangrías y otras labores descendentes hasta las propias del barbero. Existe, pues, una clara frontera entre el médico-cirujano universitario y latino y el cirujano-barbero romancista⁸. ¿Era Rodrigo de Cervantes un cirujano latino o un simple cirujano-barbero romancista? Recordemos que él mismo se situaba hacia 1564 como «médico cirujano» y, por otra parte, en un inventario de bienes realizado en 1552 se le encontraron: «una espada, una viola, dos libros de Medicina y una gramática»⁹. ¿Una gramática castellana o una gramática latina? En cualquier caso, Rodrigo de Cervantes pudo aprovechar la estancia de su familia en Alcalá (por lo menos a partir

⁶ Cf. SLIWA, Krzysztof y EISENBERG, Daniel, «El licenciado Juan de Cervantes, abuelo de Miguel de Cervantes Saavedra», *Cervantes*, XVII (1997), pp. 106-114; del mismo, *El licenciado don Juan de Cervantes*, Reichenbergern Kassel, 2001, con amplio apéndice documental.

⁷ El 30 de octubre de 1564, Rodrigo de Cervantes se declara «médico cirujano, vecino de esta ciudad de Sevilla en la colación de San Miguel»: cf. CANAVAGGIO, Jean, «Resumen cronológico de la vida de Cervantes», en *Don Quijote de la Mancha*, ed. de Francisco RICO, Barcelona, Crítica-Instituto Cervantes, 1998, p. CCXLV.

⁸ MARTÍN FERREIRA, Ana Isabel, *El Humanismo médico en la Universidad de Alcalá (siglo XVI)*, Alcalá, Universidad de Alcalá, 1995, pp. 28, 169 y 174. Un cirujano de formación médica en la Universidad de Alcalá, por el primer cuarto del siglo XVI, será Francisco ARCEO (1493-1580). Posteriormente trabajó en los hospitales del monasterio de Guadalupe y en diversas localidades extremeñas. Escribió *De recta curandorum vulnerum ratione*, Amberes, Plantin, 1574, en latín, para defender la recta Cirugía del intrusismo de empíricos y barberos sin formación. Se basa en el galenismo de orientación avicenista, en la línea de la *Practica in arte chirurgica copiosa* (1514) de Giovanni DA VICO, el cirujano más citado por Arceo, y cuya obra se tradujo al castellano en 1548. Frente a los médicos humanistas universitarios, fundamentados en Hipócrates y Galeno en griego, los empíricos como Arceo siguen la tradición arabizada medieval y sus logros terapéuticos, con complementos de observación y experiencia: cf. LÓPEZ PIÑERO, José M.; GLICK, Thomas F. y otros, *Diccionario histórico de la Ciencia Moderna en España*, vol. I, Barcelona, Crítica, 1983, pp. 65-66.

⁹ En julio de 1552, y por cuestión de deudas, habían sido embargados los bienes del padre de Cervantes en Valladolid. Cf. CANAVAGGIO, Jean, *Cervantes, op. cit.*, p. 30.

de 1532, cuando él contaba veintitrés años) para acercarse a las aulas de la Universidad de Cisneros. La creación de la Facultad de Medicina databa de la bula de León X de 1514, aunque las Constituciones de 1510 ya establecían dos cátedras médicas, que fueron ratificadas en 1513/1517. Para ingresar en la facultad se necesitaban tres cursos de Gramática latina y cuatro de Artes/Filosofía. El cuarto año de Artes podía simultanearse con el primero de Medicina hasta la pragmática de Felipe II de 1563. Después de bachillerarse en Artes debían seguirse tres cursos de Medicina¹⁰.

Las cátedras de la Facultad de Medicina en Alcalá se dividían en principales y secundarias o partidos temporales. Los primeros catedráticos principales fueron el doctor Tarragona y el doctor Antonio de Cartagena. El primero se mantuvo hasta 1527, sucediéndole el doctor León hasta 1553. El segundo rigió la cátedra de 1510 a 1533¹¹. Todos se enmarcan en la tradición medieval, sin crítica filológica de fuentes, con referencias a la autoridad de Avicena y de Galeno arabizado. Es decir, las mismas bases que se observan en un cirujano latino que se formó en Alcalá por estas fechas, Francisco Arceo¹². ¿Adquirió Rodrigo de Cervantes en Alcalá esta formación médica avicenista, con preocupaciones y logros terapéuticos? ¿De qué trataban los «dos libros de Medicina» de su inventario vallisoletano de 1552?

Otros regentes de cátedras, por los años treinta fueron el doctor Diego de Cabra y el doctor Pedro López de Toledo. Pero la situación cambió al ocupar cátedra en 1538 Juan Reinoso, amigo de Andrés Laguna, formado en Italia y conocedor directo de Hipócrates en griego. Se enfrentó al doctor Cartagena y al doctor León, avicenistas y medievales. El viraje de Reinoso supuso el conocimiento directo en griego de Hipócrates y Galeno, favorecido por el ambiente humanista de la Universidad de Alcalá que, en

¹⁰ En las Constituciones de 1513, que no se promulgaron hasta 1517, Cisneros volvió a establecer dos catedráticos de Medicina, cada uno de los cuales leería dos lecciones diarias. Los autores serían Avicena, Hipócrates y Galeno. Para bachillerarse en Medicina se pasaba un examen, «la tentativa», y debía practicarse durante seis meses con un licenciado o doctor de la facultad. La pragmática de Felipe II de 1563 alargó esta práctica a dos años. Además, por otras disposiciones reales de 1593, no se permitió ejercer sin el examen del Protomedicato y la concesión de una licencia para curar. A la licenciatura se llegaba mediante tres actos públicos realizados en tres años sucesivos, llamados primero, segundo y tercer principio; luego seguía otro acto denominado «quodlibeto» y, por último, «la alfonsina», un ejercicio dialéctico de argumentos en presencia de maestros y doctores en Artes y Medicina. Cf. MARTÍN FERREIRA, Ana Isabel, *El Humanismo médico...*, op. cit., pp. 46-48; ALONSO MUÑOYERRO, Luis, *La Facultad de Medicina en la Universidad de Alcalá de Henares*, Madrid, Gráficas Diana, 1945, pp. 26-32, 141-145.

¹¹ Cartagena sustituyó al doctor Bernardino, que sólo se había mantenido algunos meses, a lo largo de 1510.

¹² Cf. la nota 8.

1513, había comenzado a impartir enseñanzas de Griego. Con todo ello, Alcalá se convertía en un foco activo de galenismo humanista¹³.

Volviendo a Rodrigo de Cervantes. ¿Se acercaría más al cirujano-barbero romancista, a ese maese Nicolás, barbero, que aparece a lo largo del *Quijote*? Este tipo de barberos se situaban en posición inferior al cirujano propiamente dicho, pero solían desempeñar trabajos auxiliares: cirugía menor, cortes y amputaciones, sangrías y extracciones de muelas, cortes de pelo y barba, etc.¹⁴. Como curiosidad, cuando un cirujano aparezca evocado en la primera parte del *Quijote*, nuestro hidalgo lo calificará de «sacapotras», como profesional de baja condición¹⁵.

En cualquier caso, la familia de Rodrigo de Cervantes vaga¹⁶ por España con diversos destinos, dada la incapacidad del padre para asentar

¹³ MARTÍN FERREIRA, Ana Isabel, *El Humanismo médico...*, op. cit., pp. 46-52; ALONSO MUÑOYERRO, Luis, *La Facultad de Medicina...*, op. cit., pp. 189-212. En Alcalá la regencia de las cátedras duraba cuatro años y, una vez cumplidos, volvían a sacarse a oposición por voto de estudiantes. Hacia 1551 llegó de Valencia Pedro Jimeno, discípulo de Vesalio, que fue probablemente el primer profesor de Anatomía; aunque el primer nombramiento conservado es el del valenciano Pedro Marcos, en 1563. La cátedra de Cirugía no se instituyó en Alcalá hasta 1594, provista en el doctor Luis de Victoria. Una cédula real de marzo de 1594 intentaba regular la formación de los cirujanos latinos en las universidades de la Monarquía. Éstos deberían cursar estudios de Gramática, tres cursos de Filosofía, tres cursos en Medicina (oyendo Cirugía y por lo menos otra lección de la facultad) y un período de prácticas.

¹⁴ El barbero «del lugar de la Mancha», maese Nicolás, aparece por primera vez en el capítulo V de la primera parte del *Quijote*. Posteriormente, en el capítulo XLV de dicha parte, con ocasión de la aventura del yelmo de Mambrino, declara tener «más ha de veinte años de carta de examen». Recordemos que la carta de examen de una profesión gremial autorizaba para ejercer ésta. Para autores como FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, ese maese Nicolás, que participa con cierto interés en el escrutinio de la biblioteca de don Quijote (capítulo VI, primera parte), y al que el hidalgo califica de «guitarrista y coplero» (capítulo LXVII, segunda parte), pudiera ser una evocación de la figura del propio padre de Cervantes: *Cervantes visto por un historiador*, Madrid, Espasa Calpe, 2005, pp. 29-30. Sugestiva opinión; volvamos a recordar la «viola» que se le descubrió en el inventario de Valladolid de 1552.

¹⁵ Cardenio, en la primera parte del *Quijote*, cap. XXIV, evoca a la reina Madásima, personaje del *Amadís de Gaula*: «no se me puede quitar del pensamiento [...] sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la reina Madásima». A lo que replica don Quijote: «la reina Madásima fue muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se había de amancebar con un sacapotras; y, quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco». Maestro era título para los cirujanos, frente al doctor de los médicos; solía usarse en la variante vulgar de «maese».

¹⁶ Lo característico de los empíricos y cirujanos era «vagar» de un lado a otro. Así lo señala ARCEO, Francisco, en su obra *De recta curandorum vulnerum ratione*, Amberes, 1574: «Est aliud chirurgorum genus, qui vulgo empirici dicuntur. Hi cum more suo ex aliis in alia loca vagentur, aliam sequuntur viam, suis ipsorum commodis...» (p. 36). Si bien, el «vagar» se había convertido en característica de tres generaciones de la familia: treinta años

económicamente un hogar de siete hijos: Valladolid, Córdoba¹⁷, Cabra, Sevilla o Madrid, que condicionaron la formación de Cervantes. En 1564, cuando Miguel contaba diecisiete años, se instalan en Sevilla. Y esta circunstancia ha suscitado la atribución de estudios con los jesuitas de la ciudad, basándose en ciertas referencias del *Coloquio de los perros*¹⁸. Pero el sosiego sólo dura algo más de dos años, y entre 1566 y 1569 Cervantes reside en Madrid con su itinerante familia. Aquí parece que frecuentó el «Estudio de la villa», una especie de escuela municipal, en la que fue discípulo del gramático y humanista Juan López de Hoyos, influenciado por el erasmismo¹⁹. Poca cosa. A fines de 1569 Cervantes ha huido a Roma, como resultado de un confuso duelo, y su precaria formación académica ha terminado²⁰.

Hacia 1571 se alista en la milicia, en la compañía de don Diego de Urbina, del tercio de don Miguel de Moncada. En octubre se encuentra como soldado en la batalla de Lepanto, a bordo de la galera «Marquesa», y es herido en la mano izquierda. La vida militar se prolonga hasta 1575, año en que es hecho prisionero por los corsarios berberiscos y llevado a Argel. Su redención como cautivo y su posterior regreso a España se produce en septiembre de 1580, a los treinta y tres años.

itinerantes del licenciado Juan de Cervantes; quince años de su hijo Rodrigo de Cervantes; y los otros quince vagabundos por Andalucía del propio Miguel de Cervantes. Tres destinos que, según apunta CANAVAGGIO, Jean, *Cervantes, op. cit.*, p. 29, mantienen la ambigüedad de la pertenencia secreta al medio converso.

¹⁷ Adonde llegan en 1553, y donde el niño Miguel, de unos seis años, podrá tratar durante otros tres a su abuelo el licenciado Juan de Cervantes.

¹⁸ «Nada seguro se sabe sobre los primeros estudios de Cervantes, que, desde luego, no llegaron a ser universitarios. Parece que cursó las primeras letras en Valladolid y que las continuó en Córdoba y en Sevilla, en las que residió su padre hasta 1565. Cabe la sospecha de que el futuro escritor, en alguna de estas tres ciudades estudiara en la Compañía de Jesús, pues en la novela el *Coloquio de los perros* Cervantes hace una descripción de un Colegio de jesuitas que parece una evocación de sus años estudiantiles»: cf. RÍQUER, Martín de, *Para leer a Cervantes, op. cit.*, p. 36. No conviene perder de vista esta coloración andaluza del Cervantes niño y adolescente: unos trece años, de los seis a los diecinueve de su edad.

¹⁹ En 1569, Juan LÓPEZ DE HOYOS publicó un libro sobre las exequias de la reina Isabel de Valois (tercera esposa de Felipe II), Madrid, Pierres Cosin, en el que se incluyen cuatro poemas de Miguel de Cervantes, «nuestro caro y amado discípulo»: BERNÁLDEZ MONTALVO, José María, *Historia de una institución madrileña: el Estudio de la Villa (a. 1290-1619). La enseñanza como servicio municipalizado en Madrid (y varias cosas más)*, Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1989.

²⁰ De diciembre de 1569 data una información de limpieza de sangre e hidalguía a favor de Miguel de Cervantes («estante en Corte romana»), para evitarle, acaso, posibles castigos corporales por su delito; los Cervantes, según ella, «son habidos por buenos hidalgos». En 1570 era camarero del joven cardenal romano Giulio Acquaviva, que quizá requirió aquella información para aceptarle en su servicio. Una síntesis sobre lo que puede deducirse de la precaria formación «reglada» de Miguel de Cervantes en ALVAR EZQUERRA, Alfredo, *Cervantes. Genio y libertad, op. cit.*, capítulo II, pp. 73-103.

Es entonces, por el año de 1581, y de retorno de un viaje a Lisboa, cuando se le ha supuesto una pequeña estancia en Salamanca. En concreto, hacia la primavera de 1581, Cervantes debió de trasladarse a Portugal, en donde estaba la Corte de Felipe II, con el propósito de pretender alguna merced con que organizar su vida y pagar deudas. En febrero de 1582, de nuevo en Madrid, dirige carta a Antonio de Eraso, del Consejo de Indias, que se encontraba en Lisboa, para agradecerle el interés que se había tomado en lo tocante a su pretensión de lograr algún oficio en América. La carta se conserva en el Archivo de Simancas. Sin embargo, otros autores opinan que Cervantes no debió pasar por Salamanca a su regreso de Portugal, y que lo más probable fuera el viaje por Extremadura. Queda, no obstante, la posibilidad de una visita a Salamanca, por cercanía y curiosidad, durante la posterior estancia de Cervantes en la Corte de Valladolid, entre 1604 y 1606²¹.

De cualquier forma, nada de estudios oficiales, contra lo que a veces se ha imaginado²². Cervantes, contrariamente a Góngora, Calderón o Quevedo, no parece que cursara carrera universitaria, ni en Salamanca ni en Alcalá, y debe considerársele como autodidacta, aunque con formación humanista y una acusada afición a los libros.

La formación de Cervantes ha suscitado diversidad de opiniones²³. Él mismo parece calificarse como de «pocas letras» e «ingenio lego»²⁴. Lo

²¹ En estas fechas la sitúa FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *Cervantes visto por un historiador*, op. cit., p. 415: «en *El licenciado Vidriera* el lector encuentra suficientes referencias de primera mano como para dar por seguro que Cervantes pasó al menos algunos días en la hermosa ciudad plateresca».

²² Opina lo mismo Martín de Riquer: «Nada sabemos de cierto sobre los estudios de Miguel de Cervantes. No parece que estos fueran lo que hoy llamaríamos universitarios, pues su presencia en Salamanca, como estudiante, no pasa de ser una hipótesis». Cf. *Don Quijote de la Mancha*, ed. y notas de Martín de Riquer, ilustraciones de Antonio MINGOTE, Barcelona, Planeta, 2005, p. 7. Los cervantistas decimonónicos sostuvieron que Cervantes había estudiado en Salamanca, así FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Imprenta Real, 1819, pp. 129-130. Algunos llegaron a encontrar su nombre en las listas de matriculados salmantinos, como APRÁIZ, Julián, *Estudio histórico crítico de las «Novelas Ejemplares»*, Vitoria, Domingo Sar, 1901, p. 126. Estos supuestos fueron cuestionados o negados por ASTRANA MARÍN, Luis, *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Instituto Editorial Reus, 1948-1957, vol. III, pp. 183-187; y por GONZÁLEZ DE AMEZÚA, Agustín, *Cervantes, creador de la novela corta española*, Madrid, CSIC, 1956-1958, vol. II, p. 179. La polémica venía de lejos; cf. RÍOS DE LAMPÉREZ, Blanca de los, «¿Estudió Cervantes en Salamanca?», *La España Moderna*, XI, 125 (1899), pp. 44-70.

²³ ACHURY, Darío, «La cultura de Cervantes», *Revista Nacional de Cultura*, II (80) (1950), pp. 78-88; CLOSE, Anthony, «Cervantes. Pensamiento, personalidad, cultura», en *Don Quijote de la Mancha*, ed. dirigida por Francisco RICO, Barcelona, Crítica, 1998, vol. I, pp. LXVII-LXXXVI; MURILLO, Luis Andrés, «Cervantes intelectual», en *Homenaje a Francisco Márquez Villanueva*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2002.

²⁴ En el Prólogo de la primera parte del *Quijote*, Cervantes confiesa su «insuficiencia y pocas letras», si bien en un contexto jocosos. En cualquier caso, la modestia era un uso

más probable es suponer una educación de signo humanista y de un nivel preuniversitario, conseguida en colegios de jesuitas²⁵ o estudios municipales²⁶, como ya señalamos. ¿Supuso esto un cierto nivel de conocimiento del latín, como se manifiesta, entre otras cosas, en diversas citas y expresiones del *Quijote*?²⁷. Por otro lado, Cervantes demuestra familiaridad con la obra de diversos autores clásicos como Homero, Virgilio, Horacio, Ovidio, Cicerón, Terencio, Séneca, Julio César, Salustio o Plutarco, por citar algunos.

cortés del escritor de la época. En el *Viaje del Parnaso*, 1614, VI, verso 174, el mismo Cervantes se califica de «ingenio lego»; es decir, como persona sin conocimiento de las disciplinas doctas: «Y prosiguió diciendo: A no estar ciego, / hubieras visto ya quién es la dama; / pero, en fin, tienes el ingenio lego».

²⁵ MARTÍNEZ ESCALERA, José, «Cervantes y los jesuitas», *Anales Cervantinos*, XXXV (1999), pp. 295-307; SICILIANO, Ernest A., *The Jesuits in the Quijote and Other Essays*, Barcelona, Hispam, 1974. Son muy poco probables los estudios universitarios de Cervantes; pero no así los de Humanidades, para los que se ha barajado la posibilidad de asistencia a algún Colegio de la Compañía de Jesús. Una de las evocaciones más sugestivas de estos colegios se encuentra en el *Coloquio de los perros*, 1613: «Este mercader, pues, tenía dos hijos, el uno de doce y el otro de hasta catorce años, los cuales estudiaban Gramática en el Estudio de la Compañía de Jesús [de Sevilla]; iban con autoridad, con ayo y con pajes, que les llevaban los libros y aquel que llaman *vademecum* [...] Llegueme [con el *vademecum*] al mayor de mis amos, y, a mi parecer, con mucha crianza se le puse en las manos, y quedeme sentado en cuclillas a la puerta del aula, mirando de hito al maestro que en la cátedra leía. No sé qué tiene la virtud, que, con alcanzárseme a mí tan poco, o nada della, luego recibí gusto de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban a aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, por que no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban. Consideraba cómo les reñían con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios y los sobrellevaban con cordura, y, finalmente, cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios y les dibujaban la hermosura de las virtudes, para que, aborrecidos ellos y amadas ellas, consiguiesen el fin para que fueron criados». Y sigue el cuento de Berganza, con otras noticias y peculiaridades de los Estudios de la Compañía de Jesús: uso de bonetes, utilización del *Arte* de Gramática de Antonio Nebrija (el Antonio), o las lecciones espaciadas con media hora de descanso entre ellas.

²⁶ En 1569, el gramático del Estudio municipal de Madrid, LÓPEZ DE HOYOS, Juan, publicó su *Historia y relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y suntuosas exequias fúnebres de la serenísima Reyna de España doña Isabel de Valoys, nuestra señora*, Madrid, Pierres Cosin, 1569. (Reedición en *Fuentes para la historia de Madrid y de su provincia*, a cargo de José SIMÓN DÍAZ, vol. I, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1964, pp. 20-54). En esta obra figuran cuatro composiciones poéticas de Miguel de Cervantes, calificado por Hoyos como «nuestro caro y amado discípulo». Son éstas un soneto («Aquí el solar de la española tierra»), dos piezas de arte menor («Cuando dejaba la tierra» y «Cuando un estado dichoso») y una elegía («¿A quién irá mi doloroso canto?»); todas ellas con influjos de Garcilaso: RÍQUER, Martín de, *Para leer a Cervantes, op. cit.*, p. 37. Advirtamos que el joven Cervantes no presenta composiciones poéticas en latín.

²⁷ Por ejemplo, en la novela de «El curioso impertinente» de la primera parte del *Quijote*, cap. XXXIII: «...los buenos amigos han de probar a sus amigos y valerse dellos,

Los especialistas también han señalado un acusado autodidactismo en Cervantes, y una notable afición a la lectura²⁸. De ello nace un evidente conocimiento de la literatura española e italiana de la época, destacadamente obras poéticas y de imaginación. En su juventud, Cervantes habría sido un encendido amante de la poesía, como él mismo declara y, señaladamente, de Garcilaso de la Vega²⁹. También conocía la poesía bucólica del tipo de *La Diana* o *Diana enamorada*; y la poesía épica y heroica de *La Araucana* o el *Orlando furioso*. Destacada era su afición juvenil a los libros de caballerías, como la serie de *Amadís* o el *Tirante el Blanco*³⁰. Asimismo la narrativa de *La Celestina*, el *Lazarillo* o el *Guzmán de Alfarache*. Sin olvidar libros didácticos y misceláneas, como las de Antonio de Guevara y Pedro Mexía..., biografías y crónicas históricas, etc.

Las estancias italianas en Roma, Nápoles, Mesina o Palermo le acercaron a la brillantez de la literatura italiana. La poesía de Petrarca o Bembo, por supuesto; o la bucólica *Arcadia* de Sannazaro. Y la épica

como dijo un poeta, *usque ad aras*, que quiso decir que no se habían de valer de su amistad en cosas que fueren contra Dios». *Usque ad aras* (hasta el altar), es un adagio clásico que Plutarco atribuye a Pericles; aparece, asimismo en los *Adagia* de Erasmo, III, II, 10. Y, en otro lugar, *Quijote*, II, cap. I: «Bien podrá ello ser así —replicó el bachiller [Sansón Carrasco]—, pero *dubitat Augustinus*. Duda quien dudare —respondió el paje—, la verdad es la que he dicho, y es la que ha de andar siempre sobre la mentira, como el aceite sobre el agua; y si no, *operibus credite, et non verbis*: véngase alguno de vuestas mercedes conmigo y verán con los ojos lo que no creen por los oídos». *Dubitat Augustinus* (duda San Agustín) era una frase usada entre los teólogos; *operibus credite, et non verbis* (creed en las obras y no en las palabras) es cita del Evangelio de San Juan, X, 38. En otra ocasión, *Quijote*, II, cap. II: «Engañaste, Sancho —dijo don Quijote—, según aquello *quando caput dolet*, etcétera. No entiendo otra lengua que la mía —respondió Sancho. Quiero decir —dijo don Quijote— que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen». En la segunda parte, cap. XXXIX, Cervantes pone en boca de la condesa Trifaldí el siguiente verso: *quis talia fando temperet a lacrimis* (¿quién, oyendo tales cosas, podrá contener las lágrimas?); se trata de una cita abreviada de Virgilio, *Eneida*, II, vv. 6-8. El propio Sancho declarará que don Quijote conocía «latín y romance, como un bachiller» (*Quijote*, II, cap. XXVII).

²⁸ Recordemos: «yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles» (*Quijote*, I, cap. IX).

²⁹ Su afición a la poesía la declara en el Prólogo a *La Galatea*, 1585, ed. de Juan Bautista AVALLE-ARCE, Madrid, Espasa-Calpe, 1987, p. 58: «...puedo alegar de mi parte la inclinación que a la poesía siempre he tenido, y la edad, que, habiendo apenas salido de los límites de la juventud, parece que da licencia a semejantes ocupaciones». Y, del mismo, en el *Viaje del Parnaso*, 1614, a comienzo del capítulo IV: «Desde mis tiernos años amé el arte / dulce de la agradable poesía, / y en ella procuré siempre agradarte». Estos gustos se reflejarán en el *Quijote*, en la recreación de la figura de don Lorenzo, hijo del caballero del Verde Gabán (segunda parte, cap. XVIII). Por cierto, que este capítulo se inicia con los famosos versos del soneto X de Garcilaso de la Vega: «¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas...!».

³⁰ «...los libros de caballerías, cuyo sentido, asuntos, detalles episódicos y estilo conoció a la perfección, como demuestran las numerosas referencias, alusiones e incluso imitaciones irónicas que hace de ellos en el *Quijote*»; cf. RIQUER, Martín de, *Para leer a Cervantes...*, op. cit., p. 37.

heroica: *Orlandos* de Boiardo y de Ariosto; el *Morgante* de Pulci; la *Jerusalén* y la *Aminta* de Tasso. También los *Diálogos de Amor* de León Hebreo; y, junto a ellos, Boccaccio y novelistas como Bandello. Es evidente, por otra parte, que Cervantes tenía familiaridad con los textos bíblicos y cierta literatura religiosa; incluso con coloraciones erasmistas en opinión de algunos autores³¹. Como reflejo de todo lo dicho, resulta curioso que en la ficticia biblioteca de don Quijote³² se encuentren libros de caballerías, así como de poesía lírica, bucólica o épica, pero nada vinculado con los graves tratados de autores universitarios.

Volvamos atrás. A partir de 1581 Cervantes había retomado su actividad literaria, una vez cerrada la etapa aventurera de sus años de soldado. Estrena obras teatrales en Madrid y redacta *La Galatea*, novela pastoril. En diciembre de 1584 se casa en Esquivias (Toledo) con doña Catalina Salazar y Palacios, una hidalga rural, de la que no tuvo hijos. Desde 1587 a 1594 es comisario de abastos por Andalucía con destino a la Armada de Felipe II contra Inglaterra. Más tarde ejercerá de recaudador de impuestos y alcabalas. Entre finales de los años ochenta y 1600 tiende a residir en Sevilla. En 1604 Cervantes se encuentra, con su familia, en el Valladolid de la Corte de Felipe III, y en septiembre de dicho año le conceden la licencia para imprimir el *Quijote*, que aparecerá en Madrid en enero de 1605. A partir de 1606, se trasladará con la Corte a Madrid, publica la segunda parte del *Quijote* (diciembre de 1615) y fallece en abril de 1616. Póstumamente, en 1617, aparecerá su *Persiles y Sigismunda*.

2. LO UNIVERSITARIO SALMANTINO EN CERVANTES

Salamanca constituye un referente literario y de fascinación cultural a lo largo de toda la obra de Cervantes³³. Las alusiones míticas a Salamanca

³¹ ABAD, Francisco, «Las ideas lingüísticas y el erasmismo de Cervantes. Estado actual de estas cuestiones», en *Actas III*, CIAC, 1993, pp. 179-190; BATAILLON, Marcel, «El erasmismo de Cervantes», en *Erasmus y España*, vol. II, México, Fondo de Cultura Económica, 1950, pp. 400-427.

³² El conjunto de la biblioteca se componía de «más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños» (*Quijote*, I, cap. VI). Los libros grandes eran de caballerías, y los pequeños de poesía. Se trataba, pues, de una biblioteca desequilibrada y costosa: cf. BAKER, Edward, *La biblioteca de don Quijote*, Madrid, Marcial Pons, 1997; EISENBERG, Daniel, «La biblioteca de Cervantes», en *Studia in honorem prof. Martín de Riquer*, II, Barcelona, Quaderns Crema, 1987, pp. 271-328; LÓPEZ ESTRADA, Francisco, «La función de la biblioteca en el Quijote», en *De libros y bibliotecas. Homenaje a Rocío Caracuel*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1994, pp. 183-200; RIQUER, Martín de, «El Quijote y los libros», *Papeles de San Armadans*, XIV (1969), pp. 9-24.

³³ MÉNDEZ PEÑATE, S., *Presencia de Salamanca en la obra de Cervantes*, 1982. El opúsculo de MALDONADO DE GUEVARA, Luis, *Don Quijote en los Estudios de Salamanca*,

como ciudad del saber y de las letras resultan recurrentes, contrariamente a Alcalá, que casi desaparece en el mismo *Don Quijote*³⁴. Tampoco las hay al Valladolid universitario, ciudad en la que residió el novelista³⁵. Las alusiones a Salamanca aparecen, sin embargo, por diversos capítulos del *Quijote*, y más en la segunda parte que en la primera. En el capítulo XII de la primera parte, la de 1605, el pastor Grisóstomo había sido estudiante de Salamanca³⁶; y, al convertirse en pastor, se quitará los hábitos largos de escolar³⁷. En el capítulo XXXIX, en la historia del cautivo, aparece otro estudiante salmantino³⁸. En la segunda parte, capítulo I, se contraponen las ridículas graduaciones de la Universidad de Osuna a las de Salamanca³⁹. En el capítulo II aparece el bachiller Sansón Carrasco, recién llegado de la

Salamanca, 1915 (y Salamanca, 2005, 7.ª edición), no aporta nada en este sentido. Se trata de un apunte de recreación literaria, invención de un posible capítulo cervantino, que correspondería a una estancia de don Quijote y Sancho en Salamanca.

³⁴ En la primera parte del *Quijote*, 1605, cap. XXIX, Cervantes llamará a Alcalá de Henares: «la gran Compluto». En la segunda parte, 1615, la ciudad es evocada a través del río Henares, por los versos de Altisidora: «Por eso será famosa [Dulcinea] / Desde Henares a Jarama, / Desde el Tajo a Manzanares, / Desde Pisuerga hasta Arlanza» (CERVANTES, Miguel de, *Quijote*, II, cap. XLIV). Poco más. En el escrutinio de la biblioteca de don Quijote se halla el libro de GONZÁLEZ DE BOBADILLA, Bernardo, *Ninfas y pastores del Henares*, Alcalá, 1587: «Estos [libros] que se siguen son *El Pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares* y *Desengaños de celos*» (*Quijote*, I, cap. VI). Se vuelve a citar la obra posteriormente: «...entre sus libros se habían hallado tan modernos como *Desengaño de celos* y *Ninfas y pastores de Henares*...» (*Quijote*, I, cap. IX). Eran novelas pastoriles.

³⁵ No hay en el *Quijote* menciones a Valladolid como ciudad o Universidad; pero sí a la mansedumbre de las aguas del Pisuerga. Ante dos manadas de carneros y ovejas, don Quijote describe a los caballeros de un supuesto ejército y, entre ellos, «los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente» (*Quijote*, I, XVIII). Recordemos que el río Pisuerga pasa por Valladolid, sede de la Corte en 1605. O bien la mención de Altisidora, ya citada arriba (*Quijote*, II, cap. XLIV).

³⁶ «...lo que sabía era que el muerto [Crisóstomo] era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual había sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales había vuelto a su lugar con opinión de muy sabio y muy leído» (*Quijote*, I, cap. XII).

³⁷ «Finalmente, no pasaron muchos meses después que vino de Salamanca, cuando un día remaneció vestido de pastor, con su cayado y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que como escolar traía» (*Quijote*, I, cap. XII). Los estudiantes universitarios llevaban loba o sotana, de paño negro y abotonada hasta los pies.

³⁸ «El menor, y a lo que yo creo el más discreto, dijo que quería seguir la Iglesia, o irse a acabar sus comenzados estudios a Salamanca» (*Quijote*, I, cap. XXXIX).

³⁹ El barbero del lugar de la Mancha cuenta un cuento: «En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre a quienes sus parientes habían puesto allí por falta de juicio. Era graduado en cánones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, según opinión de muchos, no dejara de ser loco» (*Quijote*, II, cap. I). Y la misma ironía reaparece en el capítulo XLVII, en el marco cómico del médico de Sancho en la ínsula Barataria: «Yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóvar del Campo, a la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la Universidad de Osuna» (*Quijote*, II, cap. XLVII).

ciudad del Tormes⁴⁰. En el capítulo VII, el propio Carrasco hace callar al ama, con el argumento de ser bachiller por Salamanca, «que no hay más que bachilllear», con la acepción de hablar mucho y sin fundamento⁴¹. En el capítulo X vuelve a citarse la frase hecha de ser bachiller por Salamanca⁴². En el capítulo XVI, el hijo del caballero del Verde Gabán había estudiado seis años de Letras clásicas en Salamanca⁴³. En el capítulo XVIII, Cervantes, refiriéndose a las universidades del ámbito católico, parangona a Salamanca con las de París y Bolonia⁴⁴. En el capítulo XIX Sancho se

⁴⁰ Informa Sancho Panza: «que anoche llegó [a la aldea] el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller» (*Quijote*, II, cap. II). El cura también era graduado, pero no por Salamanca, sino por la Universidad menor de Sigüenza: «Tuvo [don Quijote] muchas veces competencia con el cura de su lugar, que era hombre docto, graduado en Sigüenza, sobre cuál había sido mejor caballero, Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula» (*Quijote*, I, cap. I). Cf. AVALLE-ARCE, Juan Bautista de, «El bachiller Sansón Carrasco», en *Actas del II Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Barcelona, Anthropos, 1991, pp. 17-25; COTARELO VALLEDOR, Armando, *El Quijote académico*, Madrid, Instituto de España, 1948; ECHEVERRÍA, José, «Para una eventual indagación sobre el sentido del nombre del bachiller», en *Libro de convocatorias: Cervantes, Nietzsche, Machado*, Barcelona, Anthropos, 1968, sexta edición, pp. 51-54; RODRIGUEZ, Alfred, «Don Quijote, Sansón Carrasco and Baroque characterization», *Hispanic Journal*, XII (1991), pp. 223-229; ROMERO MUÑOZ, Carlos, «La invención de Sansón Carrasco», en *Actas*, II, 1991, pp. 27-69.

⁴¹ «Yo sé lo que digo, señora ama; váyase y no se ponga a disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que bachilllear, respondió Carrasco» (*Quijote*, II, cap. VII). Y, en el mismo capítulo: «¿No te dije yo, Sancho, que me habían de sobrar escuderos? Mira quién se ofrece a serlo, sino el inaudito bachiller Sansón Carrasco, perpetuo trastulo y regocijador de los patios de las Escuelas salmanticenses».

⁴² Sancho Panza murmura en soliloquio: «No, sino ándeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ajeno, y más que así será buscar a Dulcinea por el Toboso como a Marica por Rávena o al bachiller en Salamanca» (*Quijote*, II, cap. X). GONZALO CORREAS, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (Madrid, Jaime Ratés, 1906), dice: «Contra los que no saben dar claras señas, porque hay muchos bachilleres en Salamanca; dicen fue sobrescrito de una carta de un vizcaíno. Úsase de este refrán cuando se ofrece buscar alguna persona por sólo el nombre, en lugar grande, sin saber su posada», pp. 21-22.

⁴³ «Yo, señor don Quijote, respondió el hidalgo [del Verde Gabán], tengo un hijo [...]. Será de edad de diez y ocho años; los seis ha estado en Salamanca aprendiendo las Lenguas latina y griega; y cuando quise que pasase a estudiar otras ciencias, halle tan embebedo en la de la poesía (si es que se puede llamar ciencia), que no es posible hacerle arrostrar la de las Leyes que yo quisiera que estudiara, ni de la reina de todas, la Teología» (*Quijote*, II, cap. XVI).

⁴⁴ «Dígame vuesa merced [dijo don Quijote al hijo del caballero del Verde Gabán]: ¿qué versos son los que ahora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo? Y si es alguna glosa, a mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaría de saberlos, y si es que son de justa literaria, procure vuesa merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se le lleva el favor o la gran calidad de la persona, el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene a ser el segundo, y el primero a esta cuenta será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las universidades; pero con todo esto, gran personaje es el nombre de primero» (*Quijote*, II, cap. XVIII). Y, más

disculpa por no haber estudiado en Salamanca⁴⁵, y aparecen dos estudiantes de Cánones por esta Universidad, vestidos como clérigos y de camino⁴⁶. Se trata del bachiller Corchuelo y de otro estudiante licenciado. Tras picarse de palabra, riñen en un duelo a espadas, en donde la técnica en la esgrima del licenciado se impone a la fuerza bruta del bachiller⁴⁷. En el capítulo XXXIII, se manifiesta que los bachilleres por Salamanca no pueden mentir⁴⁸. Y en el capítulo LXVI se reitera la posibilidad de promoción civil y eclesiástica de los estudiantes de la Universidad de Salamanca⁴⁹. Todo esto, como decimos, en la segunda parte del *Quijote*, la de 1615.

Pero los estudiantes de Salamanca trasiegan por la obra toda de Cervantes. El más famoso de ellos el mencionado bachiller Sansón

adelante, «dijo [don Quijote]: ¡Viven los cielos donde más altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que merecéis estar laureado, no por Chipre ni por Gaeta, como dijo un poeta, que Dios perdone, sino por las Academias de Atenas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven de París, Bolonia y Salamanca!» (*Quijote*, II, cap. XVIII).

⁴⁵ «No se apunte vuesa merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe que no me he criado en la Corte ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado o quito alguna letra a mis vocablos» (*Quijote*, II, cap. XIX).

⁴⁶ El capítulo comienza así: «Poco trecho se había alongado don Quijote del lugar de don Diego, cuando encontró con dos clérigos o como estudiantes y con dos labradores que sobre cuatro bestias asnales venían caballeros. El uno de los estudiantes traía, como en portamanteo, en un lienzo de bocací verde envuelto, al parecer, un poco de grana blanca y dos pares de medias de cordellate; el otro no traía otra cosa que dos espadas negras de esgrima, nuevas y con sus zapatillas» (*Quijote*, II, cap. XIX). El portamanteo o portamantos era travesaño con un asidero y dos correas para sujetar bultos en los laterales de las cabalgaduras.

⁴⁷ «Yo señores, por mis pecados, he estudiado Cánones en Salamanca, y pícome algún tanto de decir mi razón con palabras claras, llanas y significantes. Si no os picáredes más de saber más menear las negras que lleváis que la lengua, dijo el otro estudiante, vos lleváredes el primero en licencias, como llevastes cola. Mirad bachiller, respondió el licenciado, vos estáis en la más errada opinión del mundo acerca de la destreza de la espada, teniéndola por vana. Para mí no es opinión, sino verdad asentada, replicó Corchelo, y si queréis que os lo muestre con la experiencia, espadas traéis, comodidad hay, yo pulsos y fuerzas tengo, que acompañados de mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeaos, y usad de vuestro compás de pies, de vuestros círculos y vuestros ángulos y ciencia, que yo espero de haceros ver estrellas a mediodía con mi destreza moderna y zafia, en quien espero después de Dios, que está por nacer hombre que me haga perder tierra» (*Quijote*, II, cap. XIX).

⁴⁸ «Eso digo yo, dijo Sancho Panza [...], según me dijo Sansón Carrasco, que por lo menos es persona bachillerada por Salamanca, y los tales no pueden mentir, si no es cuando se les antoja o les viene muy a cuento» (*Quijote*, II, cap. XXXIII).

⁴⁹ «Y otro de los labradores dijo [...]: Yo apostaré que si van a estudiar a Salamanca, que a un tris han de venir a ser alcaldes de Corte, que todo es burla, sino estudiar y más estudiar, y tener favor y ventura, y cuando menos se piensa el hombre se halla con una vara en la mano o con una mitra en la cabeza» (*Quijote*, II, cap. LXVI).

Carrasco⁵⁰ de *El Ingenioso Hidalgo*; pero también muchos otros. Por ejemplo, Tomás Rodaja, el protagonista de *El licenciado Vidriera*, como luego veremos más detenidamente. Por lo que toca a estos estudiantes, Salamanca representa el horizonte de los más de ellos. Es el sueño de un padre vizcaíno para su hijo⁵¹. O se cantan en coplas sus saberes nigrománticos⁵² y sus estudiantes versados en las artes mágicas⁵³. Si se trata de evocar la sabiduría no deja de relacionarse con un colegial de Salamanca⁵⁴. A Salamanca van como estudiantes Tomás de Avendaño, caballero principal y

⁵⁰ «Era el bachiller [Sansón Carrasco], aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón; de color macilenta, pero de muy buen entendimiento; tendría hasta veinticuatro años, carirredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró en viendo a don Quijote...» (*Quijote*, II, cap. III).

⁵¹ Dijo Solórzano: «que la suerte ha querido que de Vizcaya me enviase un grande amigo mío a un hijo suyo, vizcaíno, muy galán, para que yo le lleve a Salamanca y le ponga de mi mano en compañía que le honre y le enseñe» (CERVANTES, Miguel de, *El vizcaíno fingido*, entremés, 1615, ed. de Eugenio ASENSIO, Madrid, Clásicos Castalia, 1987).

⁵² «Sacristán.- Oigan los que poco saben / lo que con mi lengua franca / digo del bien que en sí tiene /

Barbero.- La cueva de Salamanca.

Sacristán.- Oigan lo que dejó escrito / de ella el bachiller Tudanca / en el cuero de una yegua / que dicen que fue potranca, / en la parte de la piel / que confina con el anca, / poniendo sobre las nubes /

Barbero.- La cueva de Salamanca.

Sacristán.- En ella estudian los ricos / y los que no tienen blanca, / y sale entera y rolliza / la memoria que está manca. / Siéntanse los que allí enseñan / de alquitrán en una banca, / porque estas bombas encierra

Barbero.- La cueva de Salamanca.

Sacristán.- En ella se hacen discretos / los moros de la Palanca, / y el estudiante más burdo / ciencias de su pecho arranca. / A los que estudian en ella, / ninguna cosa les manca. / ¡Viva, pues, siglos eternos! /

Barbero.- ¡La cueva de Salamanca!

Sacristán.- Y nuestro conjurador, / si es, a dicha, de Loranca, / tenga en ella cien mil vides / de uva tinta y de uva blanca. / Y al diablo que le acusare, / que le den con una tranca, / y para el tal jamás sirva /

Barbero.- La cueva de Salamanca» (CERVANTES, Miguel de, *La cueva de Salamanca*, entremés, 1615, ed. de Eugenio ASENSIO, *op. cit.*).

⁵³ «Estudiante.- Lo que sabré responder es que yo, señoras, por la gracia de Dios, soy graduado de bachiller por Salamanca [...] Estudiante.- La ciencia que aprendí en la cueva de Salamanca, de donde yo soy natural, si se dejara usar sin miedo de la santa Inquisición, yo sé que cenara y recenara a costa de mis herederos, y aun quizá no estoy muy fuera de usarla, siquiera por esta vez, donde la necesidad me fuerza y me disculpa» (CERVANTES, Miguel de, *La cueva de Salamanca*, entremés).

⁵⁴ «Satanás tienes en tu pecho, muchacha —dijo a esta sazón la gitana vieja—; ¡mirad que dices cosas que no las diría un colegial de Salamanca! Tú sabes de amor, tú sabes de celos, tú de desconfianzas: ¿cómo es esto?, que me tienes loca, y te estoy escuchando como a una persona espiritada, que habla latín sin saberlo» (CERVANTES, Miguel de, *La gitana*, 1613, ed. Harry SIEBER, *Novelas Ejemplares*, Madrid, Cátedra, 1980).

rico, natural de Burgos, y su amigo Diego de Carriazo, con ayo, proyecto de casa propia e «instrucciones» escritas de sus padres⁵⁵. Luego se torcerán sus deseos y se echarán a las aventuras. El hermano y el amante de la hermosa Teodosia, andaluza y noble, eran asimismo estudiantes de Salamanca⁵⁶. Don Antonio de Isunza y don Juan de Gamboa, caballeros vascos y principales, se aburren de estudiar en Salamanca y parten a las aventuras de Flandes, por considerar que las armas son un ejercicio más propio de su estado⁵⁷. El hermano menor del conde de Quintanar de la Orden, en Toledo, estaba estudiando en Salamanca, forzado por el hecho de no ser el heredero de los Estados⁵⁸. En *El Persiles*, dos falsos cautivos no son sino

⁵⁵ «De allí a dos meses había de ir Avendaño a Salamanca, donde por su gusto tres años había estado estudiando las Lenguas griega y latina, y su padre quería que pasase adelante y estudiase la facultad que él quisiese, y que el dinero que le diese habría para lo que deseaban. En este tiempo propuso Carriazo a su padre que tenía voluntad de irse con Avendaño a estudiar a Salamanca. Vino su padre con tanto gusto en ello que, hablando al de Avendaño, ordenaron de ponerles juntos casa en Salamanca, con todos los requisitos que pedían ser hijos suyos.

Llegose el tiempo de la partida, proveyéronlos de dineros y enviaron con ellos un ayo que los gobernase, que tenía más de hombre de bien que de discreto. Los padres dieron documentos a sus hijos de lo que habían de hacer y de cómo se habían de gobernar para salir aprovechados en la virtud y en las ciencias, que es el fruto que todo estudiante debe pretender sacar de sus trabajos y vigiliass, principalmente los bien nacidos. Mostráronse los hijos humildes y obedientes; lloraron las madres; recibieron la bendición de todos; pusieronse en camino con mulas propias y con dos criados de casa, amén del ayo, que se había dejado crecer la barba por que diese autoridad a su cargo» (CERVANTES, Miguel de, *La ilustre fregona*, 1613, ed. Harry SIEBER, *Novelas Ejemplares*, op. cit.).

⁵⁶ «Habéis de saber, señor, que yo, que en esta posada entré, como sin duda os habrán dicho, en traje de varón, soy una desdichada doncella, a lo menos una que lo fue no ha ocho días y lo dejó de ser por inadvertida y loca y por creerse de palabras compuestas y afeitadas de fementidos hombres; mi nombre es Teodosia; mi patria, un principal lugar de esta Andalucía, cuyo nombre callo [...]; mis padres son nobles y más que medianamente ricos, los cuales tuvieron un hijo y una hija, él para descanso y honra suya, y ella para todo lo contrario; a él enviaron a estudiar a Salamanca; a mí me tenían en su casa, adonde me criaban con el recogimiento y recato que su virtud y nobleza pedían [...]» [Continúa la narración de Teodosia, cómo se entregó al joven Marco Antonio, hijo de padres nobles y ricos, y cómo desapareció éste, incumpliendo sus palabras de casamiento]: «una noche oscurísima salí de casa con intención de ir a Salamanca, donde, según después se dijo, creían que Marco Antonio podía haber venido; porque también es estudiante y camarada del hermano mío [...]» (CERVANTES, Miguel de, *Las dos doncellas*, 1613, ed. Harry SIEBER, *Novelas Ejemplares*, op. cit.).

⁵⁷ «Don Antonio de Isunza y don Juan de Gamboa, caballeros principales, de una edad, muy discretos y grandes amigos, siendo estudiantes en Salamanca, determinaron de dejar sus estudios por irse a Flandes, llevados del hervor de la sangre moza y del deseo, como decirse suele, de ver mundo, y por parecerles que el ejercicio de las armas, aunque arma dice bien a todos, principalmente asienta y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre sangre» (CERVANTES, Miguel de, *La señora Cornelia*, 1613, ed. Harry SIEBER, *Novelas Ejemplares*, op. cit.).

⁵⁸ «Rindiose a este parecer la condesa y, dando trazas al entierro del conde, llegó un su hermano menor, a quien ya habían ido las nuevas a Salamanca, donde estudiaba. Lloró la

estudiantes de Salamanca, disfrazados para correr y ver mundo⁵⁹. Finalmente, el amante de Isabela Castrucho, Andrea Marulo, natural de Lucca en Italia, iba también a estudiar a Salamanca⁶⁰.

Unos años antes, en 1613, Cervantes había publicado *El licenciado Vidriera*, formando parte de la colección de *Novelas Ejemplares*, y cuando su autor contaba sus buenos sesenta y seis años. La trama de la obra resulta curiosa. Se trata de un estudiante, hijo de labradores pobres, que cursa Leyes en Salamanca con condición de criado. En ello se ocupa ocho años, simultaneando el Derecho con las Letras humanas. Tras de una escapada aventurera como soldado por Italia, retorna a Salamanca y prosigue sus estudios hasta graduarse de licenciado en Leyes (licenciatura que había sido la del propio abuelo de Miguel de Cervantes). En este punto llegará a perder el juicio, y a creerse de vidrio, por causa de los hechizos de una dama enamorada. Su locura manifiesta sembrará el asombro entre las gentes por su mordacidad satírica y sus dichos lúcidos y atrevidos, que ponen en ridículo y entredicho diversas hipocresías del momento. Cuando recobre la razón dejará de suscitar el interés popular, y ni siquiera podrá

muerte de su hermano; pero enjugáronle presto las lágrimas el gusto de la herencia del Estado» (CERVANTES, Miguel de, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, 1617, libro III, cap. IX, ed. Juan Bautista AVALLE-ARCE, Madrid, Clásicos Castalia, 1984).

⁵⁹ «¡Cuerpo del mundo! —respondió el cautivo—. ¿Es posible que ha de querer el señor alcalde que seamos ricos de memoria siendo tan pobres de dineros, y que, por una niñería que no importa tres ardites, quiera quitar la honra a dos tan insignes estudiantes como nosotros, y juntamente quitar a Su Majestad dos valientes soldados, que íbamos a esas Italias y a esos Flandes a romper, a destrozar, a herir y a matar los enemigos de la Santa Fe Católica que topáramos? Por qué, si va a decir verdad, que, en fin, es hija de Dios, quiero que sepa el señor alcalde que nosotros no somos cautivos, sino estudiantes de Salamanca, y, en la mitad y en lo mejor de nuestros estudios, nos vino gana de ver mundo y de saber a qué sabía la vida de la guerra, como sabíamos el gusto de la vida de la paz. Para facilitar y poner en obra este deseo, acertaron a pasar por allí unos cautivos, que también lo debían de ser falsos como nosotros ahora; les compramos este lienzo y nos informaron de algunas cosas de Argel, que nos parecieron ser bastantes y necesarias para acreditar nuestro embeleco; vendimos nuestros libros y nuestras alhajas a menosprecio, y, cargados con esta mercadería, hemos llegado hasta aquí; pensamos pasar adelante, si es que el señor alcalde no manda otra cosa» (CERVANTES, Miguel de, *Persiles y Sigismunda*, libro III, cap. X).

⁶⁰ «Yo, señoras, soy la infeliz Isabela Castrucho, cuyos padres me dieron nobleza; la Fortuna, hacienda y los Cielos algún tanto de hermosura; nacieron mis padres en Capua, pero engendraronme en España, donde nací, y me crié en casa de este mi tío que aquí está, que en la Corte del Emperador la tenía [...] Llegó a la Corte un mozo a quien yo vi en una iglesia, y le miré tan de propósito [...], digo que le miré en la iglesia de tal modo, que en casa no podía estar sin miralle, porque quedó su presencia tan impresa en mi alma, que no la podía apartar de mi memoria. Finalmente, no me faltaron medios para entender quién él era, y la calidad de su persona, y qué hacía en la Corte, o dónde iba; y lo que saqué en limpio fue que se llamaba Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, caballero de esta ciudad [de Lucca, en Toscana], más noble que rico, y que iba a estudiar a Salamanca» (CERVANTES, Miguel de, *Persiles y Sigismunda*, libro III, cap. XX).

ganarse la vida con las letras aprendidas. Para no morir de hambre, se ve obligado a marchar como soldado a Flandes, donde muere. Se ha dicho que este licenciado protagonista resulta un mero recurso del autor para dar cauces a la melancolía satírica a través de sentencias y dichos. Y, en todo caso, nos encontramos ante la novela de un marginado lúcido, tanto por su ingenio como por su locura.

Es precisamente en esta obra de *El licenciado Vidriera* donde encontramos la famosa evocación de la mítica Salamanca: «...que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado»⁶¹. Y, ciertamente, Cervantes parece conocer y refiere diversas peculiaridades del mundillo escolar⁶²: paseos y trajes; los usos de amos y criados⁶³; las roperías de viejo; los estudios y graduaciones⁶⁴, con ciertas

⁶¹ «Sucedió que se llegó el tiempo que sus amos [los de Tomás Rodaja] acabaron sus estudios y se fueron a su lugar, que era una de las mejores ciudades [se refiere a Málaga] de la Andalucía. Lleváronse consigo a Tomás, y estuvo con ellos algunos días; pero como le fatigasen los deseos de volver a sus estudios y a Salamanca —que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que la apacibilidad de su vivienda han gustado— pidió a sus amos licencia para volverse. Ellos, corteses y liberales, se la dieron, acomodándole de suerte que con lo que le dieron se pudiera sustentar tres años» (CERVANTES, Miguel de, *El licenciado Vidriera*, 1613, ed. Harry SIEBER, *Novelas Ejemplares*, *op. cit.*).

⁶² ¿Pero es el salmantino propiamente o el sevillano o vallisoletano transferidos, los cuales conoció ciertamente en sus estancias en estas ciudades? Recordemos que algunos especialistas han propuesto que *El licenciado Vidriera* y el *Coloquio de los perros* habrían sido escritos en Valladolid, entre 1604 y 1606.

⁶³ «Esta respuesta movió a los dos caballeros a que le recibiesen y llevasen consigo, como lo hicieron, dándole estudio de la manera que se usa dar en aquella Universidad a los criados que sirven. Dijo el muchacho que se llamaba Tomás Rodaja, de donde infirieron sus amos, por el nombre y por el vestido, que debía de ser hijo de algún labrador pobre. A pocos días le vistieron de negro, sirviendo a sus amos con tanta fidelidad, puntualidad y diligencia que, con no faltar un punto a sus estudios, parecía que sólo se ocupaba en servirlos; y como el buen servir del siervo mueve la voluntad del señor a tratarle bien, ya Tomás Rodaja no era criado de sus amos, sino su compañero. Finalmente, en ocho años que estuvo con ellos se hizo tan famoso en la Universidad por su buen ingenio y notable habilidad, que de todo género de gentes era estimado y querido. Su principal estudio fue de Leyes; pero en lo que más se mostraba era en Letras humanas; y tenía tan feliz memoria, que era cosa de espanto; e ilustrábala tanto con su buen entendimiento, que no era menos famoso por él que por ella» (CERVANTES, Miguel de, *El licenciado Vidriera*).

⁶⁴ «Y habiendo cumplido con el deseo que le movió a ver lo que había visto [Italia y Flandes], determinó volverse a España y a Salamanca a acabar sus estudios; y como lo pensó lo puso luego por obra, con pesar grande de su camarada, que le rogó, al tiempo del despedirse, le avisase de su salud, llegada y suceso. Prometióselo así como lo pedía, y por Francia volvió a España, sin haber visto París, por estar puesta en armas. En fin, llegó a Salamanca, donde fue bien recibido de sus amigos, y con la comodidad que ellos le hicieron prosiguió sus estudios, hasta graduarse de licenciado en Leyes» (CERVANTES, Miguel de, *El licenciado Vidriera*).

críticas⁶⁵; los libros⁶⁶; la mancebía; la jerga académica; o el acompañamiento de catedráticos en oposición⁶⁷... Pero, como plástica evocadora, debe resaltarse la descripción del encuentro en las riberas del Tormes del que sería famoso loco y letrado, adolescente a la sazón, con los dos caballeros estudiantes que le apadrinarían como criado. Momento del ensueño de los chopos, de sus sombras y de las fantasías labriegas⁶⁸: pensamientos aquellos de honrarse con los estudios, «siendo famoso por ellos». Porque el Tomás Rueda (y ya no Rodaja) que morirá en Flandes, a la aventura del soldado, era el mismo muchacho pobre de aquella ribera apacible, que había acudido hacia la fascinación del nombre de Salamanca para estudiar, ganar fama y estados.

⁶⁵ «Yo [dijo Tomás Rodaja o Rueda] soy graduado en Leyes por Salamanca, adonde estudié con pobreza y adonde llevé segundo en licencias; de do se puede inferir que más la virtud que el favor me dio el grado que tengo» (CERVANTES, Miguel de, *El licenciado Vidriera*). Y, en la misma obra, anteriormente: «En la rueda de la mucha gente que, como se ha dicho, siempre le estaba oyendo, estaba un conocido suyo en hábito de letrado, al cual otro llamó “Señor licenciado”; y sabiendo Vidriera que el tal a quien llamaron licenciado no tenía ni aun título de bachiller, le dijo: —Guardaos, compadre, no encuentren con vuestro título los frailes de la redención de cautivos, que os le llevarán por mostrenco».

⁶⁶ «Los muchos libros que tenía los redujo a unas Horas de Nuestra Señora y un Garcilaso sin comento, que en las dos faltriqueras llevaba» (CERVANTES, Miguel de, *El licenciado Vidriera*).

⁶⁷ «...antes que el licenciado llegase al patio de los Consejos [en Madrid] llevaba tras de sí más de doscientas personas de todas suertes. Con este acompañamiento, que era más que de un catedrático, llegó al patio, donde le acabaron de circundar cuantos en él estaban» (CERVANTES, Miguel de, *El licenciado Vidriera*).

⁶⁸ «Paseándose dos caballeros estudiantes por las riberas del Tormes, hallaron en ellas, debajo de un árbol, durmiendo, a un muchacho de hasta edad de once años, vestido como labrador; mandaron a un criado que le despertase; despertó, y preguntáronle de adónde era y qué hacía durmiendo en aquella soledad. A lo cual el muchacho respondió que el nombre de su tierra se le había olvidado y que iba a la ciudad de Salamanca a buscar amo a quien servir, por sólo que le diese estudio. Preguntáronle si sabía leer; respondió que sí, y escribir también.

—De esta manera, dijo uno de los caballeros, no es por falta de memoria habésete olvidado el nombre de tu patria.

—Sea por lo que fuere, respondió el muchacho, que ni el de ella ni el de mis padres sabrá ninguno hasta que yo pueda honrarlos a ellos y a ella.

—Pues ¿de qué suerte los piensas honrar?, preguntó el otro caballero.

—Con mis estudios, respondió el muchacho, siendo famoso por ellos; porque yo he oído decir que de los hombres se hacen los obispos» (CERVANTES, Miguel de, *El licenciado Vidriera*).

3. LAS ARMAS, LAS LETRAS Y OTRAS EVOCACIONES DEL MUNDO UNIVERSITARIO

Veamos ahora algunas consideraciones cervantinas sobre el mundo universitario y letrado en general⁶⁹, que podemos hallar en los discursos sobre las armas y las letras, sobre todo en los capítulos XXXVII y XXXVIII de la primera parte del *Quijote*⁷⁰. Parece claro que Cervantes valora el estudio como una forma de promoción social y logro de oficios. Aquel hidalgo de León, que descubrimos en el capítulo XXXIX de la primera parte del *Quijote*, describe tres caminos para esta promoción de sus hijos: los estudios y la Iglesia, el comercio y las Indias, las armas y el servicio al Rey. El mayor escogerá las armas, el segundo la aventura de Indias y el tercero la Iglesia y los estudios en Salamanca⁷¹. El resultado de

⁶⁹ Para una aproximación al mundo universitario cervantino, puede utilizarse el catálogo de la exposición: *Las Universidades Hispánicas en tiempos del Quijote*, Madrid, Consejería de Cultura y Deportes de la Comunidad de Madrid y Universidad de Alcalá, 2005, con comisariado de Santiago AGUADÉ NIETO. Se trata de una filisteia aglomeración de documentos y libros, al modo castizo de la «olla podrida»; con una escamoteada procedencia de la información general. «¿Pensarán vuestras mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro? [...]. Y no le digas más, ni yo quiero decirte más a ti» (CERVANTES, Miguel de, *Quijote*, prólogo al lector de la segunda parte).

⁷⁰ MARAVALL, José Antonio, *Humanismo de las armas en don Quijote*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1948; MONER, Michel, *Cervantes: deux thèmes majeures (l'amour, les armes et les lettres)*, Université de Toulouse-Le Mirail, 1986; SANTO, Elsa Leonor di, «Análisis de los discursos sobre la Edad Dorada y las armas y las letras», en *Cervantes: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes*, ed. M. CRIADO DE VAL, Madrid, Edi-6, 1981, pp. 799-808. MONER, Michel, «Armas y letras», en Carlos ALVAR (dir.); Alfredo ALVAR EZQUERRA y Florencio SEVILLA ARROYO (coords.), *Gran Enciclopedia Cervantina*, vol. I, Madrid, Centro de Estudios Cervantinos de Alcalá y Editorial Castalia, 2005, pp. 774-787.

⁷¹ Un hidalgo de las montañas de León, «que en la estrechez de aquellos pueblos todavía alcanzaba [...] fama de rico», reúne a sus hijos varones a la hora de elegir estado, y les dice: «Querría que después que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refrán en nuestra España, a mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la lengua y discreta experiencia; y el que yo digo dice: "Iglesia, o mar, o casa real", como si más claramente dijera: "Quien quisiere valer y ser rico, siga, o la Iglesia, o navegue ejercitando el arte de la mercancía, o entre a servir a los reyes en sus casas"; porque dicen: "Más vale migaja de Rey que merced de señor". Digo esto porque querría, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancía y el otro sirviese al Rey en la guerra, pues es dificultoso entrar a servirle en su casa; que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama [...] Y mandándome a mí, por ser el mayor, que respondiese [...] vine a concluir en que cumpliría su gusto, y que el mío era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él a Dios y a mi Rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos, y escogió el irse a las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor y, a lo que yo creo, el más discreto, dijo que quería seguir la Iglesia, o irse a acabar sus comenzados estudios a Salamanca» (*Quijote*, I, cap. XXXIX).

estas elecciones se nos muestra en el capítulo XLII, con el escenario de fondo de la venta de Palomeque el Zurdo. El hermano segundo se ha convertido en un rico hidalgo del Perú; y el tercero, licenciado don Juan Pérez de Viedma, «iba proveído por oidor a las Indias, en la Audiencia de México»⁷². El propio don Quijote distinguirá entre dos caminos de promoción honrada: las armas y las letras⁷³. Entre estos caminos, Cervantes propone que el mejor es la conjunción de las armas con las letras, y que su honra corre pareja⁷⁴. Pero, caso de que fuese necesaria la elección, las armas se inclinan hacia más alto y generoso fin. Pues las letras humanas, y aquí Cervantes se refiere a los estudios jurídicos propiamente dichos, cursados en las universidades, tienen por finalidad la justicia distributiva y dar a cada uno lo suyo y hacer que las leyes se guarden; mientras que la paz, que es el fin que persiguen las armas, es sin duda el mayor bien de la vida del hombre⁷⁵. Además, argumentará don Quijote, los esfuerzos y

⁷² El oidor que, como hemos dicho, era natural de un lugar de las montañas de León, cuenta su historia: «ese capitán tan valeroso que decís es mi mayor hermano, el cual, como más fuerte y de más altos pensamientos que yo, ni otro hermano menor mío, escogió el honroso y digno ejercicio de la guerra, que fue uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso [...] Yo seguí el de las letras, en las cuales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Pirú, tan rico que, con lo que ha enviado a mi padre y a mí, ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado a las manos de mi padre con qué poder hartar su liberalidad natural; y yo asimesmo he podido con más decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo» (*Quijote*, I, cap. XLII).

⁷³ «Dos caminos hay, hijos, [dijo don Quijote] por donde pueden ir los hombres a llegar a ser ricos y honrados: el uno es el de las letras; otro el de las armas. Yo tengo más armas que letras, y nací, según me inclino a las armas, debajo de la influencia del planeta Marte...» (*Quijote*, II, cap. VI).

⁷⁴ «No hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra; porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso» (CERVANTES, *Persiles y Sigismunda*, lib. III, cap. X). «Tanta honra tiene un soldado roto por causa de la guerra, como la tiene un colegial con el manto hecho añicos, porque en él se muestra la antigüedad de sus estudios» (CERVANTES, Miguel de, *La guarda cuidadosa*, entremés, 1615, ed. Eugenio ASENSIO, Madrid, Clásicos Castalia, 1987).

⁷⁵ «Quitenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja a las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen [...] Siendo, pues, así que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado o el del guerrero, trabaja más; y esto se vendrá a conocer por el fin y paradero a que cada uno se encamina, porque aquella intención se ha de estimar en más que tiene por objeto más noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que a un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar: hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva y dar a cada uno lo que es suyo) entender y hacer que las buenas leyes se guarden. Fin por cierto generoso y alto y digno de grande alabanza, pero no de tanta como merece aquel a que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida» (*Quijote*, I, cap. XXXVII).

trabajos de las armas son mayores que los de las letras, y menores sus premios y satisfacciones. El principal obstáculo de los estudiantes es la pobreza, pero en llegando a graduarse pueden alcanzar a «gobernar el mundo», a pesar de los trabajos y precariedades del camino recorrido⁷⁶. Por otro lado, los letrados reciben emolumentos por su ejercicio, e incluso sobornos, mientras que el soldado consigue heridas, mutilaciones y puede perder la vida⁷⁷. Pues bien, si «han fundado más mayorazgos las letras que las armas», éstas otorgan «si no más riqueza, a lo menos más honra»⁷⁸.

La doctrina del fin es de ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, III, VII, III5b20. La justicia distributiva es el «*Suum cuique tribuere*» del *Digesto*, I, X, 1. Que el fin de la guerra es la paz, se encuentra en la *Política* de ARISTÓTELES, IV, XV, 1334a15.

⁷⁶ «Digo, pues, que los trabajos del estudiante son éstos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser; y en haber dicho que padece pobreza me parece que no había que decir más de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frío, ya en desnudez, ya en todo junto; pero, con todo eso, no es tanta que no coma, aunque sea un poco más tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante este que entre ellos llaman “andar a la sopa”; y no les falta algún ajeno brasero o chimenea que, si no caliente, a lo menos entibie su frío y, en fin, la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar a otras menudencias, conviene a saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algún banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando a caer acá, llegan al grado que desean; el cual alcanzado, a muchos hemos visto que, habiendo pasado por estas Sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frío en refrigerio, su desnudez en galas y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos, precio justamente merecido de su virtud. Pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del milite guerrero, se quedan muy atrás en todo, como ahora diré» (*Quijote*, I, cap. XXXVII). Y, posteriormente: «Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigiliias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas a éstas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos a ser buen soldado le cuesta todo lo que a el estudiante, en tanto mayor grado que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida» (*Quijote*, I, cap. XXXVIII).

⁷⁷ «Todo esto es al revés en los letrados [que en los soldados], porque de faldas (que no quiero decir de mangas) todos tienen en qué entretenerse. Así que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio» (*Quijote*, I, cap. XXXVIII). Con las faldas se alude a la toga y al ejercicio de la profesión. Entretenerse es sustentarse. Las mangas son los sobornos. Así que los letrados se sustentan con los emolumentos de su profesión, e incluso con los probables sobornos. «Lléguese, pues, a todo esto, el día y la hora de recibir el grado de su ejercicio [el soldado]: lléguese un día de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas, para curarle algún balazo que quizás le habrá pasado las sienas o le dejará estropeado el brazo o pierna [dijo don Quijote]» (*Quijote*, I, cap. XXXVIII).

⁷⁸ «Es más fácil premiar a dos mil letrados que a treinta mil soldados, porque a aquéllos se premian con darles oficios que por fuerza se han de dar a los de su profesión, y a éstos no se pueden premiar sino con la misma hacienda del señor a quien sirven, y esta

Y todo ello se manifiesta en el talante generoso de las armas frente a cierto uso mezquino de las letras y a la existencia de togados y letradillos limitados y gente baja. Así se muestra en el enfrentamiento de don Quijote con el «grave eclesiástico» que gobernaba la casa de los Duques. El hidalgo le atribuye mezquindad de letradillo acomodado, pretencioso y subido a más⁷⁹.

Junto a las consideraciones de los discursos sobre las armas y las letras, podemos evocar la atmósfera de algunas ciudades universitarias, que aparecen a lo largo de la obra cervantina. Es el caso de Valladolid, lugar que conocía por propia residencia familiar y personal. Unas veces la recuerda estrictamente como ciudad de la Corte de Felipe III⁸⁰, pero en

imposibilidad fortifica más la razón que tengo» (*Quijote*, I, cap. XXXVIII). «No hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir a Dios, primeramente, y luego a su Rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, a lo menos más honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas a los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja a todos» (*Quijote*, II, cap. XXIV).

⁷⁹ «La duquesa y el duque salieron a la puerta de la sala a recibirle, y con ellos un grave eclesiástico destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que, como no nacen príncipes, no aciertan a enseñar cómo lo han de ser los que los son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos; destos que, queriendo mostrar a los que ellos gobiernan a ser limitados, les hacen ser miserables. Destos tales digo que debía ser el grave religioso que con los Duques salió a recibir a don Quijote» (*Quijote*, II, cap. XXXI). [Don Quijote se dirige al eclesiástico]: «El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuesa merced, de quien se debía esperar antes buenos consejos que infames vituperios [...] ¿No hay más sino a trochemoche entrarse por las casas ajenas a gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrechez de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distrito, meterse de rondón a dar leyes a la caballería y a juzgar a los caballeros andantes? [...] Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite: caballero soy, y caballero he de morir, si place al Altísimo. Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra...» (*Quijote*, II, cap. XXXII). Por «togados», don Quijote entiende los letrados y eclesiásticos. La mención a «estudiantes» lo es a los hombres de estudio en general. Recuérdese el «Cedant arma togae, concedat laurea» de CICERÓN, *De officiis*, I, XXII, 77.

⁸⁰ «Acabado el baile dijo Preciosa: —Si me dan cuatro cuartos, les cantaré un romance yo sola, lindísimo en extremo, que trata de cuando la reina nuestra señora Margarita salió a misa de parida en Valladolid y fue a San Llorente» (CERVANTES, Miguel de, *La gitanilla*).

otras hacen su aparición los estudiantes⁸¹. Alcalá de Henares, la patria chica de Cervantes en la primerísima infancia, se destaca poco. Ya comentamos anteriormente sus referencias en el *Quijote*. La alusión más completa como ciudad universitaria quizás aparece en el *Coloquio de los perros*, en relación con la importancia de sus estudios de Medicina⁸². El cura del lugar de don Quijote era graduado de licenciado por Sigüenza, en Guadalajara. Se trataba de una Universidad menor, de escaso prestigio en sus graduaciones, y es mencionada en un contexto irónico⁸³. Un mayor desprecio registran las referencias a Osuna, una Universidad andaluza de tan poco crédito que sus grados acrecientan el perfil cómico del doctor Pedro Recio de Agüero, en la ínsula Barataria de Sancho Panza⁸⁴.

Cervantes se refiere, asimismo, a las universidades del ámbito católico europeo, con exclusión de las protestantes. Y así, menciona explícitamente las de París, Bolonia y Salamanca⁸⁵. En concreto, la de París resulta

⁸¹ El licenciado Vidriera viaja a Valladolid: «de toda la Corte fue conocido en seis días, y a cada paso, en cada calle y en cualquiera esquina respondía a todas las preguntas que le hacían; entre las cuales le preguntó un estudiante si era poeta [...] Preguntóle otro estudiante que en qué estima tenía a los poetas [...]» (CERVANTES, Miguel de, *El licenciado Vidriera*).

⁸² «Berganza.- De esa manera no haré yo mucho en tener por señal portentosa lo que oí decir los días pasados a un estudiante, pasando por Alcalá de Henares.

Cipión.- ¿Qué le oíste decir?

Berganza.- Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la Universidad, los dos mil oían Medicina.

Cipión.- Pues, ¿qué vienes a inferir de eso?

Berganza.- Inferio, o que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar (que sería harta plaga y mala ventura), o ellos se han de morir de hambre» (CERVANTES, Miguel de, *Coloquio de los perros*, 1613, ed. Harry SIEBER, *Novelas Ejemplares*, op. cit.).

Recordemos que el padre de Cervantes fue un cirujano (romancista?), el nivel práctico de la profesión médica. Por lo que respecta a las cuantías de estudiantes alcalaínos, aparecen claramente desbordadas. A finales del siglo XVI y comienzos del XVII, Alcalá de Henares se situaba entre 2.600 y 3.000 estudiantes inscritos; pero ni de lejos alcanzaba los 5.000, cifra ésta más propia de Salamanca. En estas fechas, los estudiantes de Medicina oscilaban anualmente entre 100 y 150 matriculados. Fueron, por ejemplo, 115 en 1591, 104 en 1603 y 117 en 1608.

⁸³ «Tuvo [don Quijote] muchas veces competencia con el cura de su lugar, que era hombre docto, graduado por Sigüenza, sobre cuál había sido mejor caballero, Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula» (*Quijote*, I, cap. I). Posteriormente, en el capítulo XXXVIII de la primera parte, con ocasión del discurso de las armas y las letras: «El cura le dijo [a don Quijote] que tenía mucha razón en todo cuanto había dicho a favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mismo parecer». El nombre del cura y licenciado resulta, asimismo, vulgar: Pero Pérez.

⁸⁴ «Yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóvar del Campo, a la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la Universidad de Osuna» (*Quijote*, II, cap. XLVII).

⁸⁵ Hablando con el hijo del caballero del Verde Gabán, dirá don Quijote: «¡Viven los cielos donde más altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que

tan destacada que por ella merecerían ser graduados algunos caballeros andantes, máximo encomio en boca de don Quijote⁸⁶. Además de éstas, cabe destacar las menciones a Bolonia, la Universidad clásica de las Italias. Junto a las citas del *Quijote*, resulta notable la que encontramos en *La señora Cornelia*. Don Antonio de Isunza y don Juan de Gamboa, estudiantes vascos en Salamanca, de los que ya tratamos, se habían partido para Flandes al calor de las armas. No obstante, cambiarán de opinión y se dirigirán posteriormente a Italia para cursar en la Universidad de Bolonia⁸⁷.

Por el contrario, son escasas las menciones que encontramos en Cervantes sobre colegios de letras y estudio. Valgan algunos ejemplos del *Quijote*. En ciertos casos se utiliza la voz culta «gimnasios», por colegios⁸⁸. En otro, se vinculan las ollas podridas con la mesa de los rectores de colegios⁸⁹. Por último, existe la mención jocosa de un Colegio para leer

merecéis estar laureado, no por Chipre ni por Gaeta, como dijo el poeta, que Dios perdone, sino por las Academias de Atenas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven de París, Bolonia y Salamanca!» (*Quijote*, II, cap. XVIII).

⁸⁶ «De todo sabían y han de saber los caballeros andantes, Sancho —dijo don Quijote—; porque caballero andante hubo en los pasados siglos que así se paraba a hacer un sermón o plática en mitad de un campo real como si fuera graduado por la Universidad de París; de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma ni la pluma la lanza» (*Quijote*, I, cap. XVIII).

⁸⁷ «Finalmente, conociendo la pesadumbre de sus padres, acordaron de volverse a España, pues no había qué hacer en Flandes; pero antes de volverse quisieron ver todas las más famosas ciudades de Italia; y, habiéndolas visto todas, pasaron a Bolonia y, admirados de los estudios de aquella insigne Universidad, quisieron en ella proseguir los suyos. Dieron noticia de su intento a sus padres, de que se holgaron infinito, y lo mostraron con proveerles magníficamente y de modo que mostrasen en su tratamiento quiénes eran y qué padres tenían; y desde el primero día que salieron a las Escuelas fueron conocidos de todos por caballeros, galanes, discretos y bien criados.

Tendría don Antonio hasta veinticuatro años y don Juan no pasaba de veintiséis; y adornaban esta buena edad con ser muy gentiles hombres, músicos, poetas, diestros y valientes; partes que los hacían amables y bien queridos de cuantos los comunicaban. Tuvieron luego muchos amigos, así estudiantes españoles, de los muchos que en aquella Universidad cursaban, como de los mismos de la ciudad y de los extranjeros; mostrábase con todos liberales y comedidos, y muy ajenos a la arrogancia que dicen que suelen tener los españoles; y como eran mozos y alegres, no se disgustaban de tener noticia de las hermosas de la ciudad [...]. Y así, con sólo el amor de sus estudios y entretenimiento de algunas honestas mocedades, pasaban una vida tan alegre como honrada; pocas veces salían de noche y, si salían, iban juntos y bien armados» (CERVANTES, Miguel de, *La señora Cornelia*).

⁸⁸ «Vea vuesa merced [...] si se puede igualar [esta ciencia] a las más estiradas que en los ginasio y escuelas se enseñan» (*Quijote*, II, cap. XVIII).

⁸⁹ El doctor Pedro Recio declara: «Allá las ollas podridas para los canónigos o para los rectores de colegios o para las bodas labradorecas, y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura» (*Quijote*, II, cap. XLVII).

castellano en la China, que aparece en la dedicatoria al conde de Lemos del segundo *Quijote*, como un proyecto muy deseado⁹⁰.

El mundo propiamente universitario es evocado por Cervantes en diversas ocasiones, directa o indirectamente. En el *Quijote*, en una conversación con don Lorenzo, estudiante de Salamanca e hijo del caballero del Verde Gabán, don Diego de Miranda, nuestro hidalgo manchego compara la ciencia de la caballería andante con cada una de las ciencias de las Escuelas o universidades del tiempo: el Derecho, la Teología, la Medicina, la Astrología y las Matemáticas⁹¹. Y antes, en el Prólogo del *Quijote* de 1605, Cervantes había señalado el tipo de erudición de la que no se serviría en su obra; es decir, ni de Filosofía, ni de Retórica o Poesía, ni de Astrología y Geometría, ni de Divina Escritura o Padres de la Iglesia [es decir, Teología]. Nada dice, sin embargo, del Derecho, para completar este elenco de saberes manifiestamente universitarios⁹². Sin embargo, en estas evocaciones, la

⁹⁰ «Y el que más ha mostrado desearle ha sido el grande emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome o por mejor decir suplicándome se le enviase, porque quería fundar un Colegio donde se leyese la lengua castellana y quería que el libro que se leyese fuese el de la historia de don Quijote. Juntamente con esto me decía que fuese yo a ser rector de tal Colegio. Preguntele al portador si Su Majestad le había dado para mí alguna ayuda de costa. Respondiome que ni por pensamiento» (*Quijote*, II, dedicatoria al conde de Lemos).

⁹¹ «—Paréceme que vuesa merced ha cursado las Escuelas: ¿qué ciencias ha oído?

—La de la caballería andante, respondió don Quijote, que es tan buena como la de la poesía, y aun dos deditos más.

—No sé qué ciencia sea ésa, replicó don Lorenzo, y hasta ahora no ha llegado a mi noticia.

—Es una ciencia, replicó don Quijote, que encierra en sí todas o las más ciencias del mundo, a causa que el que las profesa ha de ser jurisperito, y saber las Leyes de la justicia distributiva y comutativa, para dar a cada uno lo que es suyo y lo que le conviene; ha de ser teólogo, para saber dar razón de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, adondequiera que le fuere pedido; ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas, que no ha de andar el caballero andante a cada triquete buscando quién se las cure; ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla; ha de saber Matemáticas, porque a cada paso se le ofrecerá tener necesidad dellas...» (*Quijote*, II, cap. XVIII).

⁹² «Este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le falta, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón. Ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la Astrología; ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutación de los argumentos de quien se sirve la Retórica; ni tiene para qué predicar a ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento. Sólo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo, que cuando ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo

discreción, la sensatez y el buen juicio suelen atribuirse como características del gremio universitario⁹³.

Cervantes se hace eco de una aspiración común: la de mandar a los hijos a estudiar a las universidades, para que medren y adquieran grados. En esto coinciden distintos niveles sociales, desde hidalgos como el caballero del Verde Gabán hasta toscos labradores⁹⁴. Y ello, cuando no es solamente para «pane lucrando», no debe ir forzado por los padres, según don Quijote. Es decir, que el estudiante que cuenta con recursos familiares puede seguir su vocación y gusto en el estudio, sin tener que acomodarse a las facultades y saberes más propios para ganarse la vida⁹⁵. En este caso, la vida del estudiante será la mejor, hecha «de gusto y pasatiempo» y se pasará la mocedad «aprendiendo y holgándose»⁹⁶.

Por lo que respecta a la vida propiamente académica y universitaria, lo primero que Cervantes destaca es la jerga particular, es decir, el uso del

y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la Divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo, pintando en todo lo que alcanzáredes y fuese posible, vuestra intención, dando a entender vuestros conceptos, sin intrinsecarlos y escurecerlos» (*Quijote*, Prólogo de la primera parte, 1605).

⁹³ «¡Válame Dios!, dijo a esta sazón el barbero burlado. ¿Que es posible que tanta gente honrada diga que ésta no es bacía, sino yelmo? Cosa parece ésta que puede poner en admiración a toda una Universidad, por discreta que sea» (*Quijote*, I, cap. XLV).

⁹⁴ Un labrador, natural de Miguel Turra, a dos leguas de Ciudad Real, cuenta su historia al gobernador de la ínsula Barataria Sancho Panza: «Tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachiller y el mayor para licenciado. Soy viudo, porque se murió mi mujer o, por mejor decir, me la mató un mal médico, que la purgó estando preñada; y si Dios fuera servido que saliera a luz el parto y fuera hijo, yo le pusiera a estudiar para doctor, porque no tuviera envidia a sus hermanos el bachiller y el licenciado» (*Quijote*, II, cap. XLVII).

⁹⁵ En conversación de don Quijote con el caballero del Verde Gabán: «Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, o buenos o malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida; a los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta o aquella ciencia no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso; y cuando no se ha de estudiar para “pane lucrando”, siendo tan venturoso el estudiante que le dio el cielo padres que se lo dejen, sería yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia a que más le vieren inclinado; y aunque la de poesía es menos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonnar a quien las posee» (*Quijote*, II, cap. XVI).

⁹⁶ «Yo pasaba una vida de estudiante sin hambre y sin sarna, que es lo más que se puede encarecer para decir que era buena. Porque si la sarna y el hambre no fueran tan unas con los estudiantes, en las vidas no habría otra de más gusto y pasatiempo, corren parejas en ella la virtud y el gusto, y se pasa la mocedad aprendiendo y holgándose» (CERVANTES, Miguel de, *Coloquio de los perros*).

latín. Un estudiante que iba con loba o sotana en la cadena de galeotes de la primera parte del *Quijote*: «era muy grande hablador y muy gentil latino»⁹⁷. El mismo don Quijote, en palabras de Sancho Panza: «sabe latín y romance como un bachiller»⁹⁸. También se saca a relucir el abuso del latín macarrónico en círculos de eruditos reales o de romancistas con pretensiones⁹⁹. Hay escasas menciones a «lecciones» académicas en el *Quijote*¹⁰⁰; aunque en cartapacios viejos, tan habituales en las Escuelas, se halló la continuación de las aventuras del Ingenioso hidalgo de la Mancha¹⁰¹. Sancho Panza parece hablar, a veces, tan rebuscadamente como

⁹⁷ «Este iba en hábito de estudiante, y dijo uno de los guardas que era muy grande hablador y muy gentil latino» (*Quijote*, I, cap. XXII).

⁹⁸ «Mi señor don Quijote de la Mancha [dijo Sancho], que un tiempo se llamó el Caballero de la Triste Figura y ahora se llama el Caballero de los Leones, es un hidalgo muy atentado, que sabe latín y romance como un bachiller, y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo en la uña; y así, no hay más que hacer sino dejarse llevar por lo que él dijere...» (*Quijote*, II, cap. XXVII).

⁹⁹ «Berganza.- Es, pues, el caso, que como me estaba todo el día ocioso y la ociosidad sea madre de los pensamientos, di en repasar con la memoria algunos latines que me quedaron en ella de muchos que oí cuando fui con mis amos al Estudio, con que, a mi parecer, me hallé algo más mejorado de entendimiento, y determiné, como si hablar supiera, aprovecharme dellos en las ocasiones que se me ofreciesen; pero en manera diferente de la que suelen aprovechar algunos ignorantes. Hay algunos romancistas que en las conversaciones disparan de cuando en cuando con algún latín breve y compendioso, dando a entender a los que no lo entienden que son grandes latinos, y apenas saben declinar un nombre ni conjugar un verbo.

Cipión.- Por menor daño tengo ése que el que hacen los que verdaderamente saben latín, de los cuales hay algunos tan imprudentes que hablando con un zapatero o con un sastre arrojan latines como agua.

Berganza.- Deso podremos inferir que tanto peca el que dice latines delante de quien los ignora como el que los dice ignorándolos.

Cipión.- Pues otra cosa puedes advertir, y es que hay algunos que no les excusa el ser latinos de ser asnos.

Berganza.- Pero ¿quién lo duda? La razón está clara, pues cuando en tiempo de los romanos hablaban todos latín, como lengua materna suya, algún majadero habría entre ellos, a quien no excusaría el hablar latín dejar de ser necio.

Cipión.- Para saber callar en romance y hablar en latín, discreción es menester, hermano Berganza.

Berganza.- Así es, porque también se puede decir una necedad en latín como en romance, y yo he visto letrados tontos y gramáticos pesados y romancistas vareteados con sus listas de latín, que con mucha facilidad pueden enfadar al mundo no una, sino muchas veces» (CERVANTES, Miguel de, *Coloquio de los perros*).

¹⁰⁰ «El barbero respondió que sin que se le diese lición él lo pondría bien en su punto» (*Quijote*, I, cap. XXVII).

¹⁰¹ «Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero, y como yo soy aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación tomé un cartapacio de los que

los opositores a cátedras¹⁰². E, incluso, sabe que los vítores o inscripciones del triunfo en la oposición se rotulan con almagre en las paredes de los edificios universitarios¹⁰³.

Más habitualmente, el mundillo universitario se hace visible por los propios caminos de don Alonso Quijano, como aquel estudiante innominado entre los galeotes forzados o los que acompañaban al misterioso «cuerpo muerto» del capítulo XIX de la primera parte del *Quijote*¹⁰⁴. Esta aparición «externa» de tipos estudiantiles resulta bastante frecuente. Montesinos, en la cueva de su nombre, lleva beca de colegial universitario¹⁰⁵. En la mesa de Sancho Panza, a la hora de la comida y en la ínsula Barataria, «uno que parecía estudiante echó la bendición»¹⁰⁶. Don

el muchacho vendía y vile con caracteres que conocí ser arábigos. Y puesto que aunque los conocía no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese...» (*Quijote*, I, cap. IX). En la ficción cervantina, los cartapacios resultaron ser la *Historia de don Quijote de la Mancha*, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo.

¹⁰² «Riose don Quijote de las afectadas razones de Sancho, y pareciole ser verdad lo que decía de su emienda, porque de cuando en cuando hablaba de manera que admiraba; puesto que todas o las más veces que Sancho quería hablar de oposición y a lo cortesano acababa su razón con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia; y en lo que él se mostraba más elegante y memorioso era en traer refranes, vinieren o no vinieren a pelo de lo que trataba, como se habrá visto y se habrá notado en el discurso desta historia» (*Quijote*, II, cap. XII).

¹⁰³ Retorna Sancho a dar noticia a don Quijote del próximo encuentro con Dulcinea: «—¿Qué hay, Sancho amigo? ¿Podré señalar este día con piedra blanca o con negra? —Mejor será, respondió Sancho, que vuesa merced la señale con almagre, como rétulos de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren.

—De ese modo, replicó don Quijote, buenas nuevas traes.

—Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene más que hacer vuesa merced sino picar a Rocinante y salir a lo raso a ver a la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas vienen a ver a vuesa merced» (*Quijote*, II, cap. X). El vítor era un monograma con el nombre del ganador en una oposición de cátedras, del que había logrado acceso a prebendas y beneficios o del reciente doctorado. Se pintaba con almagre, una arcilla de color rojo con óxido de hierro, en las paredes de los edificios universitarios o colegios y también en algunas iglesias y catedrales, etc.

¹⁰⁴ En la aventura del «cuerpo muerto» aparecen como acompañantes unos licenciados o bachilleres: «así sabrá vuestra merced que, aunque denantes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso López, soy natural de Alcobendas; vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes...» (*Quijote*, I, cap. XIX). En la aventura de los galeotes iba uno «en hábito de estudiante» (*Quijote*, I, cap. XXII).

¹⁰⁵ «Ofrecióseme luego a la vista un real y suntuoso palacio o alcázar, cuyos muros y paredes parecían de transparente y claro cristal fabricados; del cual abriéndose dos grandes puertas, vi que por ellas salía y hacia mí venía un venerable anciano, vestido con un capuz de bayeta morada que por el suelo le arrastraba. Ceñále los hombros y los pechos una beca de colegial, de raso verde; cubriále la cabeza una gorra milanese negra, y la barba, canísima, le pasaba de la cintura» (*Quijote*, II, cap. XXIII).

¹⁰⁶ (*Quijote*, II, cap. XLVII).

Quijote mismo, al desarmarse en la casa del caballero del Verde Gabán, viste cuello o valona, sin almidón, «a lo estudiantil»¹⁰⁷. Y también aparece evocado el tópico literario de la sordidez y precariedad de los pupilajes de estudiantes¹⁰⁸. El propio Cervantes recreará un encuentro personal con un estudiante andariego y fervoroso admirador en el Prólogo al *Persiles*¹⁰⁹, su obra póstuma.

En conclusión: creemos que Cervantes tiene poca experiencia directa de los entresijos del mundo universitario. Sus valoraciones y descripciones parecen contemplarlo casi siempre desde fuera, ajenas a los escenarios

¹⁰⁷ «Entraron a don Quijote en una sala, desarmole Sancho, quedó en valones y en jubón de camuza, todo bisunto con la mugre de las armas: el cuello era valona a lo estudiantil, sin almidón y sin randas; los borcegués eran datilados, y encerados los zapatos» (*Quijote*, II, cap. XVIII). El cuello a la valona era liso; se introdujo primero en los trajes militares, al modo de los soldados de Valonia; y sustituyó al cuello de lechuguilla, de origen flamenco o italiano. Las randas eran labores de ganchillo y encaje.

¹⁰⁸ «Habiéndose criado algunos [togados, letrados o eclesiásticos] en la estrechez de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distrito...» (*Quijote*, II, cap. XXXII). El pupilaje era una casa o piso de estudiantes universitarios bajo tutela paterna de un bachiller graduado.

¹⁰⁹ En el Prólogo al *Persiles*, Cervantes evoca un encuentro real o imaginario con un estudiante y admirador, y juntos hacen el camino hasta Madrid: «Sucedió, pues, lector amigo, que viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linajes y otra por sus ilustrísimos vinos, sentí que a mis espaldas venía picando con gran priesa uno que, al parecer traía deseo de alcanzarnos, y aun lo mostró dándonos voces, que no picásemos tanto. Esperámosle, y llegó sobre una borrica un estudiante pardal, porque todo venía vestido de pardo, antiparras, zapato redondo y espada con contera, valona bruñida y con trenzas iguales; verdad es no traía más de dos, porque se le venía a un lado la valona por momentos, y él traía sumo trabajo y cuenta de enderezarla. Llegando a nosotros dijo:

—¿Vuestas mercedes van a alcanzar algún oficio o prebenda a la Corte, pues allá está Su Ilustrísima de Toledo y Su Majestad, ni más ni menos, según la priesa con que caminan, que en verdad que a mi burra se le ha cantado el víctor de caminante más de una vez?

A lo cual respondió uno de mis compañeros:

—El rocín del señor Miguel de Cervantes tiene la culpa desto, porque es algo que pasilargo.

Apenas hubo oído el estudiante el nombre de Cervantes, cuando apeándose de su cabalgadura, cayéndosele aquí el cojín y allí el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetió a mí y acudiendo a asirme de la mano izquierda, dijo:

—¡Sí, sí; éste es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el regocijo de las musas!...».

El estudiante acompañará a Cervantes en su camino hasta Madrid, entablando diálogo sobre la enfermedad de éste: «Y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el cual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desahució al momento diciendo:

—Esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará toda el agua del mar Océano que dulcemente se bebiese. Vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna» (CERVANTES, Prólogo a *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*).

propriadamente académicos. Salvo, quizás, en algunos pasajes de *El licenciado Vidriera*; si bien, incluso en este caso, se trata de exteriores, como el encuentro con dos caballeros estudiantes en la ribera del Tormes, una de sus recreaciones más plásticas y sugestivas. También nos presenta frecuentemente estudiantes de camino, de los que él mismo pudo tener experiencia en sus vagabundeos profesionales por la España del tiempo. En otros casos, lo universitario y salmantino se evoca a través de dichos, refranes, tópicos y opiniones del imaginario común en la época. No obstante, existen las posibles vinculaciones de su padre Rodrigo con la Universidad de Alcalá, y la importante referencia familiar de su abuelo Juan de Cervantes, licenciado en Derecho por la «jamás como se debe alabada»¹¹⁰ Universidad de Salamanca.

¹¹⁰ «Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro [...], a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha» (*Quijote*, I, cap. I).